



ANA M.^a MUÑOZ AMILIBIA
Catedrática de Arqueología. Universidad de Murcia

ARQUEOLOGIA Y UNIVERSIDAD

LECCION INAUGURAL
DEL CURSO ACADEMICO 1989-90

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Facultad de Medicina
Biblioteca

DPT

2-2

82

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

1989

LECCION INAUGURAL
DEL CURSO ACADEMICO 1989-90

DPT
2-2
82

ANA M.^a MUÑOZ AMILIBIA
Catedrática de Arqueología. Universidad de Murcia

ARQUEOLOGIA Y UNIVERSIDAD

LECCION INAUGURAL
DEL CURSO ACADEMICO 1989-90



Univ. Murcia 319



1746475

27963d

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE MURCIA
1989

ANA M. J. MUÑOZ AMARILLA
Laboratorio de Antropología, Universidad de Murcia

ARQUEOLOGÍA Y UNIVERSIDAD

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA
DEL CONSEJO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Depósito legal: M. 28.673-89

Imprime: A. G. Suárez Barcala, S. L.
Santa Engracia, 139. 28003 Madrid

En Memoria de María Luisa Pericot

*El largo y no medido pulso del tiempo lo mueve todo
Nada hay escondido que no pueda ser incorporado a la vida
Nada hay que, conocido antes, no pueda llegar a ser desconocido después*

SÓFOCLES, Ajax

*Magnífico y Excmo. Sr. Rector, Excmos. e Ilustrísimos Sres.,
compañeros, Profesores, alumnos, señoras y señores:*

En esta ocasión en que me ha correspondido el honor de dirigirme a Vds. en la lección inaugural del curso, no podía menos que elegir el tema que ha ocupado mis casi cuarenta años de vida universitaria. Pero no es ésta la única justificación, sino el hecho de que aunque pueda parecer que todos sabemos lo que es la Arqueología, en realidad, después de tantos años de dedicarme a su práctica y de reflexionar detenidamente sobre sus objetivos y contenido, creo que estamos aún muy lejos de haber alcanzado unos criterios comunes tanto desde el punto de vista epistemológico como, en consecuencia, metodológico. Aunque parezca un contrasentido, la «vieja Arqueología» está en constante renovación, como el hombre, la ciencia y también, así lo deseáramos, la propia Universidad. La diversa actitud de los propios arqueólogos frente a estos planteamientos, es la prueba más clara de que estamos ante una ciencia que busca unos resultados intelectuales cada vez más complejos, y exige una aplicación metodológica cada vez más rigurosa.

El fin último de la Arqueología es un mejor conocimiento del hombre, desde sus orígenes hasta los tiempos actuales, lo que, aparentemente la asimilaría a la Historia, la Antropología, o la Sociología, que en el fondo parecen tener un mismo objetivo, pero como veremos su enfoque y perspectiva son distintos aunque estén íntimamente relacionados. La Historia, tal y como generalmente se entiende, abarca tan sólo un 99% de la vida del hombre sobre la tierra y su investigación se basa en la documentación escrita. La Antropología estudia las formas de conducta del hombre, su etnias y culturas, trabajando sobre documentación fundamentalmente viva, con la investigación de culturas primitivas, apoyándose en el conocimiento de las sociedades contemporáneas, tanto de las pri-

mitivas como de las rurales y urbano industriales, a fin de establecer la estructura de cada forma o grupo cultural. La Sociología, mediante el estudio de los fenómenos sociales, pretende una comprensión científica de la realidad social, a fin de establecer unas leyes que permitan avanzar predicciones sobre el comportamiento, reacción y mecanismo de actuación de las sociedades actuales en distintos lugares y circunstancias.

Así, frente a un objetivo aparentemente común hay un hecho diferencial, la Arqueología trabaja sobre restos materiales, que son la base documental de su investigación. Pero estos restos materiales, hallados casualmente o mediante excavaciones arqueológicas, no son una fuente de información directa que sobrevive íntegra desde el pasado, sino que tal y como aparece a nuestra observación —aunque sea el resultado de la actividad humana en un momento más o menos lejano— es parcial, y se ha ido modificando o alterando hasta presentar su aspecto actual. Por tanto, se trata de documentos con unas características actuales, presentes, a los que mediante un análisis objetivo y un adecuado planteamiento metodológico previo, tenemos que interrogar, tratando de entender su sentido. No basta con clasificarlos, sino que tenemos que intentar llegar, a través de ellos, a conclusiones más amplias sobre los hombres que los ejecutaron, su conducta, el porqué, el cómo actuaron sobre ellos.

En 1967, Glyn Daniel (DANIEL 1974, pág. 9) hacía una consideración que creo interesante tener en cuenta: «La arqueología estudia el pasado desde el presente, pero el arqueólogo no debe olvidar que el presente está marcado y condicionado por las investigaciones precedentes, y que el conocimiento arqueológico de hoy, constituirá una de las muchas arqueologías pasadas en una o dos décadas». En efecto, el estudio arqueológico de cada época tiene unas características propias, derivadas precisamente del entorno en que está situado el arqueólogo, de su formación intelectual, en suma de su actitud ante el hecho arqueológico. Por ello es tan importante definir esa actitud en cada caso y tratar de saber cuál es el método más recomendable para cumplir los objetivos propuestos.

En primer lugar habría que considerar la simple valoración del objeto arqueológico por su antigüedad, rareza o carácter exótico, que sólo lleva a la curiosidad por él en sí mismo, como pieza coleccionable. Esto dio lugar a la actitud del «arqueólogo-anticuario», coleccionista, propia de las sociedades cultas, muy típica del siglo pasado, que sirvió para enriquecer los grandes Museos como

el Británico, Louvre o el de Berlín, y todo lo más garantizar la conservación de muestras características de grandes culturas de tiempos pretéritos, pero fuera del contexto en que fueron creadas y muchas veces a costa de la pérdida de una documentación valiosísima. En muchos casos fueron nutriendo colecciones particulares de distinta entidad, que han seguido suertes diversas.

La valoración estética de las obras, dio lugar a su estudio dentro de la Historia del Arte, actitud que, sobre todo a partir del Renacimiento se aplicó a las antigüedades grecorromanas y, más tarde, a las orientales, sólo en tanto fueran susceptibles de un análisis estilístico. Esta orientación ha seguido vigente en muchos países europeos casi hasta nuestros días, sobre todo en el ámbito de las disciplinas universitarias.

El descubrimiento de la gran antigüedad del hombre, por el hallazgo de sus restos fósiles, de los de animales que con él convivieron y de sus primeras industrias, abrió desde el siglo XIX un nuevo campo a la investigación arqueológica, a cargo sobre todo de geólogos y paleontólogos, destacando la figura de Jacques de Crevecoeur Boucher de Perthes, verdadero iniciador de los estudios de Prehistoria a partir de 1836. Boucher de Perthes, vivió casi toda su vida en Abbeville, donde, como su padre, fue director de la Aduana; aficionado a las antigüedades «antediluvianas», exploró los yacimientos de la zona. De su actividad derivó la verdadera fundación de la Prehistoria como ciencia, aunque no utilizara este término, como queda bien manifiesto en alguno de sus numerosos escritos: «Quiero llamar su atención sobre esta laguna de nuestra historia, sobre esta ignorancia nuestra de los primeros pasos del hombre en la tierra; deseo arrojar un poco de luz sobre estas gentes primitivas, sobre sus costumbres, sus hábitos, sus monumentos o los restos que hayan dejado» (BOUCHER DE PERTHES, 1860, en DANIEL, 1974, págs. 61-67).

La actitud de Boucher de Perthes ante los restos materiales más antiguos de la vida del hombre conocidos en su época, era la de que estaba haciendo «un poco de luz» sobre su historia, pero también era consciente de que no había llegado a sus límites cuando dice: «¿Quién puede poner límites al pasado? ¿No es tan infinito como el futuro? ¿Dónde está, pues, el hombre que ha presenciado el comienzo de cualquier cosa? ¿Dónde está aquel que verá su fin? No regateemos sobre la duración de los tiempos...». Pero además de estas consideraciones ante los restos del pasado del hombre, de estas preguntas propias de un arqueólogo y un hombre de ciencia, la necesidad de situar estos restos en un contexto, de realizar de

forma empírica y razonada su estudio, a fin de demostrar sus argumentos sobre la antigüedad del hombre, le condujo a sentar las bases de unas técnicas científicas en el trabajo arqueológico, mediante el estudio estratigráfico y la interpretación de sus secuencias.

Pero ese largo período de la vida de la humanidad se iba a llamar Prehistoria, la Historia sólo comenzaría a partir del momento en que el investigador cuenta con documentos escritos. Al parecer fue M. Tournal, joven farmacéutico de Narbona, el primero que utilizó el término Prehistoria para el período que «empezó con la aparición del hombre sobre la tierra y se extiende hasta los comienzos de las tradiciones más antiguas». En 1826 emprendió las excavaciones en la Grotte de Bise, publicando sus resultados en los *Annales des Sciences Naturelles* en 1828 y 1829, convencido de que «sólo la Geología puede dar algunas nociones sobre la época de la primera aparición del hombre sobre el globo terrestre» (RACHET, 1970, pág. 123).

No creo que a estas alturas sea necesario discutir si es oportuno o no utilizar el término Prehistoria para denominar la mayor parte de la «historia» de la humanidad, pues su uso generalizado permite una fácil comprensión de a qué nos estamos refiriendo. Lo que es evidente es que al término Historia se le establecieron unos límites estrechos, a veces difíciles de definir, que todo lo más abarcan unos seis o cinco mil años dentro de los dos millones de años de vida de la humanidad, y esto sólo en los lugares privilegiados, pues en la mayoría, la escritura se adoptó muy tardíamente, cuando la necesitaron, o por contacto con culturas que la conocían y transformaron su vida en otros muchos aspectos, como es el caso en gran parte de Europa central o nórdica, donde no se usa hasta la expansión de Roma, del Cristianismo o en plena Edad Media, e incluso en algunos casos no llegó a usarse nunca: sociedades ágrafas, que algunos se han permitido denominar con el curioso nombre de «anhistóricas», realmente aberrante.

Pero lo que creo puede quedar claro es que la Prehistoria ha de investigarse necesariamente por el método arqueológico, ya que la documentación disponible para ese largo período se basa en restos materiales. Al arqueólogo que se dedica a su estudio le corresponde utilizar la metodología más adecuada, todos los medios de que dispone la ciencia actual para poder extraer los resultados más convincentes posibles. Tanto desde un punto de vista conceptual como práctico, parece evidente que la Arqueología va más allá de los límites temporales de la Historia. Ahora bien, si queda claro

que se remonta a los orígenes, también hemos de ver que su campo de acción llega hasta el presente, mientras haya restos materiales de la obra del hombre susceptibles de análisis por el método arqueológico. Buena prueba de ello es el gran desarrollo alcanzado por la «Arqueología industrial» y el interés despertado a todos los niveles de la sociedad por los llamados Museos de la Ciencia y de la Técnica, expresión palpable de los progresos del hombre y de su inagotable capacidad de inventiva y creación, parangonables a los dedicados a los de Bellas Artes, que nos muestran otros aspectos de su espíritu creativo.

El siglo XIX fue también el del inicio de los descubrimientos arqueológicos de las ricas culturas de la antigüedad oriental, a veces prácticamente desconocidas, otras, totalmente sepultadas, sólo mencionadas en la Biblia o en autores clásicos. No pretendo hacer aquí una historia de los grandes descubrimientos arqueológicos, sino simplemente mencionar algunos hitos que nos permitan ir recorriendo la intervención de la arqueología en el descubrimiento de estas grandes civilizaciones y la forma en que se hizo su estudio, ya que particularmente nos interesa ahora ver lo que supuso para el avance o evolución de la arqueología, paralelamente al inicio de los estudios de Prehistoria.

Egipto era quizás el país más conocido, admirado desde la antigüedad griega y romana por sus enormes monumentos. Sometido a constantes pillajes en mayor o menor grado. No hay más que pasearse, no ya por los museos europeos, sino por sus grandes centros urbanos y ver los enormes obeliscos, cuyo traslado iniciaron, no sin grandes esfuerzos, los emperadores romanos. Un punto de partida importante fue sin duda la expedición militar de Napoleón a Egipto, que llevó consigo una comisión científica compuesta por 175 «sabios» encargados de estudiar el país del Nilo bajo una serie de aspectos muy amplios: Geografía, flora, fauna, cartografía y, naturalmente, monumentos. Se midieron y levantaron planos de los grandes monumentos, se hicieron magníficos dibujos de ellos, de esculturas y relieves, copiándose multitud de inscripciones. Todos estos trabajos fueron recogidos en una obra monumental, *Description de l'Égypte* publicada entre 1809 y 1822, que iba a aportar un caudal documental inestimable para el futuro estudio de la civilización egipcia. Porque en este contexto de la expedición, el año 1799, se produjo el hallazgo por unos soldados de la «piedra Rosetta», inscripción trilingüe grabada sobre una estela de basalto. Se trataba de un decreto de Ptolomeo V redactado en griego, con su traducción a la lengua egipcia en escritura jeroglífica y en demótica,

escritura y lengua popular de la Baja época. Su interpretación se debió al genio del joven filólogo Jean François Champolion (1790-1832), que apenas en veinte años descifró la escritura jeroglífica egipcia, estableciendo una gramática y un diccionario y revelando la existencia de una tercera escritura a la que llamó «hierática», que como la demótica era una cursiva derivada de la jeroglífica. Hasta 1829, Champolion no pisó el suelo egipcio, cuya cultura tan bien conocía. En 1830 se creó para él la primera cátedra de Egiptología en el *Collège de France*, pero su muerte prematura, dos años más tarde, interrumpió su fecunda labor. Había surgido una ciencia especializada, la Egiptología, cimentada fundamentalmente en la Filología, cuya línea iba a continuar Richard Lepsius.

Mientras tanto, la arqueología egipcia estaba en manos de aficionados, coleccionistas y saqueadores, que nutrían el comercio de antigüedades, situación que, en parte iba a paliar Augusto Mariette, que desde 1847 y durante veintitrés años, se convirtió en el primer Director General de antigüedades de Egipto.

La primera arqueología científica fue obra de Sir William Matthews Flinders Petrie (1853-1942). En su primer viaje a Egipto en 1880, quedó impresionado por la forma anárquica en que se efectuaban las excavaciones en la necrópolis menfita, sin ningún planteamiento y con el único objetivo de conseguir objetos interesantes por su valor artístico e histórico. Inmediatamente llamó la atención sobre la necesidad de emprender exploraciones sistemáticas y racionales, recogiendo todo lo que se descubría, hasta el más insignificante fragmento cerámico. Partiendo de esta idea, se propuso establecer un «modelo» de trabajo arqueológico, evitando los grandes conjuntos monumentales. Es así como en 1882 empezó sus excavaciones en Naucratis, importante factoría y centro comercial griego de época Saíta, situado en la zona del delta. Sus excavaciones estratigráficas anotando la posición del más pequeño fragmento cerámico, dieron lugar al comienzo de los estudios de ceramografía y estratigrafía comparada, que iban a ser claves para el establecimiento de un sistema de cronología en Arqueología.

Entre 1887 y 1890 trabajó en el área del Fayum, excavado por primera vez una ciudad egipcia en el lugar actualmente llamado Kahun. La ciudad correspondía al Imperio Medio. Había sido fundada de nueva planta por el faraón Sésostri II para albergar a los obreros constructores de su conjunto funerario, y a él mismo y sus dignatarios cuando residían en ella. Es una de las más antiguas muestras de un desarrollo urbanístico regularmente planificado, orthogonal, anterior en unos trece siglos a los primeros proyectos

«hipodámicos» griegos. Pero la ciudad de Kahun, no sólo proporcionó datos inestimables para el conocimiento del desarrollo urbano egipcio: Su distribución espacial en relación con la categoría social de sus moradores, la organización de los barrios y su separación, el uso del espacio interior de cada vivienda, sino también el hallazgo entre los ajuares de ellas, de cerámicas egeas importadas, semejantes a las que Schliemann había ido descubriendo desde unos veinte años antes en sus excavaciones de Troya, Micenas y Tirinto, cuya cronología era muy controvertida. Otras piezas importadas de Creta, se situaron posteriormente, en las excavaciones de Evans en Knossos, en el Minoico Medio II y pudieron fecharse precisamente por la cronología comparada con los hallazgos de Petrie.

En 1894 empezó a excavar con Quibell en Nagada, una extensa necrópolis predinástica situada al norte de Tebas, que inicialmente planteó muchos problemas cronológicos, debido a la continuidad de la cultura egipcia ya desde estos tiempos prehistóricos. Es quizás aquí donde se muestra mejor aún la enorme capacidad sistemática de Petrie, «inventando» un método nuevo en el estudio arqueológico: el sistema de asociaciones. Su fundamento se basaba en el hecho de que Nagada presentaba sepulturas de inhumación individual acompañadas de ajuares funerarios, fundamentalmente vasos cerámicos, que formaban «conjuntos cerrados», lo que quiere decir que no habían sido tocados después del sepelio. Estos conjuntos deberían de estar formados por objetos que, al menos en el momento del enterramiento, habían sido contemporáneos. El análisis de las asociaciones que formaban estos conjuntos mediante un riguroso estudio tipológico de la cerámica y, posteriormente, el estudio de cada tipo con los que se le asociaban, le permitió establecer secuencias evolutivas en la cerámica, base de su sistematización del desarrollo cronológico del período predinástico, es decir, anterior a las primeras dinastías históricas. Este sistema de asociaciones es habitual en las actuales técnicas arqueológicas, pero normalmente se resuelven por medio de ordenadores. Si tenemos en cuenta que Petrie trabajó sobre materiales de casi un millar de tumbas y que cada una contenía abundantes ajuares por lo menos con cinco tipos distintos de cerámica, podemos calcular el enorme trabajo que llevó a cabo, manejando pacientemente millares de fichas. No en balde se le considera el padre de la ceramografía.

Su convencimiento de la importancia de este material frágil y barato, y por tanto de amortización rápida, y el más abundante en

todos los yacimientos que excavaba, abrió nuevas perspectivas al establecimiento de una cronología arqueológica. Lástima que no todos los arqueólogos fueron capaces de ver en la ceramografía sólo un medio de trabajo, perdiéndose a veces en interminables clasificaciones y tipologías, sin ser capaces de analizar a fondo el contexto en que estaban incluidas, que es lo que da sentido al estudio arqueológico.

La eficacia de la técnica estratigráfica y ceramográfica de Flinders Petrie se puso a prueba ya desde 1890, cuando se enfrentó por primera vez a los «tells» de Palestina, a donde había sido enviado por el *Palestine Exploration Fund* en busca de ciudades mencionadas en la Biblia.

Pero su trabajo siguió centrándose sobre todo en Egipto, donde excavó otros importantes yacimientos, hasta los últimos años de su vida, en que volvió a Palestina. El «venerado Néstor» de los arqueólogos —como le llamó Albright— alcanzó una gran longevidad, muriendo en Jerusalén en 1942. Diez años antes de su muerte, escribió su autobiografía, *Seventy Years in Archaeology*, título suficientemente expresivo de lo que fue su vida de trabajo. Su herencia ha quedado plasmada en un gran número de libros y artículos científicos de gran calidad y entre ellos un interesante estudio sobre el método y propósitos de la arqueología —*Methods and Aims Archaeology*— escrito en 1904, después de una larga experiencia en este campo.

Por muy distintas razones, habría que hablar aquí de Heinrich Schliemann (1822-1890), al que ya nos hemos referido antes, y del que se ha dicho que fue «arqueólogo por amor a los poemas homéricos». Hombre de negocios que consiguió acumular una enorme fortuna, se retiró a los cuarenta y cinco años para dedicarse a la arqueología. Su constancia y tenacidad, fruto de una intensa y romántica vocación, le llevaron a lograr grandes descubrimientos. Si sus técnicas y elucubraciones no son para ser consideradas como propias de un arqueólogo profesional, es evidente su aportación al conocimiento de una etapa de la arqueología hasta entonces totalmente desconocida. Muy expresivo de su personalidad es el telegrama que envió al rey de Grecia en noviembre de 1876 desde Micenas: «A su majestad el rey Jorge de los helenos. Atenas. Con gran satisfacción anuncio a vuestra majestad que he descubierto las tumbas que la tradición, de la que Pausanias se hace eco, señala como los sepulcros de Agamenón, Casandra, Eurimedon y sus camaradas, muertos todos durante el banquete por Clitemnestra y su amante Egisto. Estaban rodeadas por un doble

círculo paralelo de losas, que no pudo ser erigido más que en honor de dichos grandes personajes. He encontrado en los sepulcros tesoros enormes en cuanto a objetos arcaicos de oro puro. Estos tesoros bastan por sí solos para llenar un gran museo, que será el más maravilloso del mundo, y que, durante los siglos venideros, atraerá a Grecia miles de extranjeros de todos los países. Como sólo trabajo por amor a la Ciencia, no tengo ninguna pretensión sobre estos tesoros, que dono con vivo entusiasmo intactos a Grecia. Dios quiera que estos tesoros se conviertan en la piedra angular de una inmensa riqueza nacional».

Pero si este mensaje refleja claramente el entusiasmo de Schliemann —lo que no era para menos ante tales descubrimientos— y su generosa donación de los hallazgos al pueblo griego, propietario natural de este patrimonio, revela también su particular sentido histórico, lleno de romanticismo, que le lleva a identificar a los titulares de las tumbas.

Sería pretencioso por mi parte juzgar la obra de Schliemann con parámetros actuales, por ello pienso que es interesante el testimonio de Sir Arthur Evans (1851-1941), el excavador del Palacio de Knossos, que en 1901 decía: «Hubo un hombre que tuvo fe y que tradujo esta fe en obras: en el Dr. Schliemann la ciencia de la antigüedad clásica encontró su Cristóbal Colón. Armado con una pala, excavó en los montículos del tiempo y sacó a la luz una Troya viva y real; en Tirinto y Micenas desenterró el palacio y las tumbas y tesoros de los reyes homéricos. Se abrió a la investigación un nuevo mundo, y a los descubrimientos de su primer explorador siguieron con éxito los del Dr. Tsountas y otros en el suelo griego».

Aunque Petrie formó una escuela importante que siguió trabajando sobre todo en Egipto y Palestina, continuaron todavía algunas misiones que, aunque llevaran el título de «Expediciones científicas», seguían teniendo como objetivo principal la obtención de piezas para los grandes museos. Esto había sido especialmente grave en Mesopotamia, campo de batalla de la competencia entre misiones extranjeras (PARROT, 1962). La situación cambió bastante después de la primera guerra mundial, en parte por la natural evolución de los tiempos, pero también como consecuencia de los profundos cambios experimentados desde el punto de vista social y político. Los veinte años que separan las dos guerras mundiales (1919-1939) fueron de una gran actividad en excavaciones arqueológicas y, en consecuencia, de grandes descubrimientos, que desde luego no fueron fruto del azar.

En 1922, Howard Carter (1873-1939) descubría la tumba de Tu-

tankhamon, después de varias campañas de excavación en el Valle de los Reyes desde 1919 (CARTER, 1972). En Mesopotamia, Sir Leonard Woolley (1880-1960) excavó en la antigua Ur entre 1922 y 1934, logrando el sensacional descubrimiento de las ricas tumbas reales de la I dinastía. En su obra *Digging up the Past*, publicada en 1930, resume sus experiencias de arqueólogo de campo y da su opinión sobre los objetivos del trabajo arqueológico: «Entre arqueología e historia no hay una frontera insalvable y el excavador, que es la persona que mejor puede observar y anotar sus descubrimientos, es precisamente quien puede considerarlos como material histórico y sabe enjuiciarlos debidamente: si se encuentra privado de capacidad para la síntesis y la interpretación, entonces ha equivocado su vocación» (DANIEL, 1974, pág. 20).

Otros muchos descubrimientos y estudios llenaron el período entreguerras, pero sería largo enumerarlos. Así las excavaciones de Schaeffer en Ugarit de 1929 a 1939, interrumpidas por la guerra y luego reanudadas en 1948. Las de Parrot en Mari entre 1933 y 1938, reanudadas de nuevo en 1951. La investigación arqueológica se vio interrumpida durante los años de la segunda guerra mundial y muy en especial en el escenario del Próximo Oriente. Esos años, para qué decirlo, cambiaron muchas cosas y además a nivel mundial. Luego, había que volver a empezar. Iban a surgir nuevas técnicas, cada vez más especializadas, pero también nuevas orientaciones intelectuales e ideológicas que repercutirían en gran manera en la orientación científica del método arqueológico. Quedaba lejos el concepto de arqueología ligado al gran descubrimiento, al arqueólogo romántico que desenterraba los restos de culturas ignotas o grandes obras de arte, tesoros o monumentos. Habían sido sin duda personajes meritorios y afortunados que marcaron una etapa en la arqueología, muy atractiva entre el gran público e incluso causa de vocaciones efímeras, que se ven frustradas ante la realidad del trabajo arqueológico, pero que parecen estar vigentes a altos niveles intelectuales y administrativos: cuántas veces la generosidad de una subvención o la decisión de proteger unos restos arqueológicos depende todavía de su «importancia», de su valoración artística, museística o monumental y no de su carácter de documento y patrimonio histórico.

Ya hemos visto que el desarrollo de la arqueología prehistórica siguió desde sus inicios caminos distintos, como consecuencia de su documentación exclusivamente material, lo que dio lugar a un gran desarrollo de los estudios estratigráficos y tipológicos. La necesidad de acercarse a las formas de conducta del hombre

prehistórico a través sólo de sus utensilios, de los restos de sus viviendas, enterramientos o manifestaciones de culto, hizo que se buscaran paralelos etnográficos en modelos de sociedades primitivas vivientes: cazadoras, recolectoras, ganaderas, cultivadoras, tratando de obtener información sobre aspectos de su estructura social e ideológica, que pudieran aplicarse a las sociedades prehistóricas. Su estrecha vinculación con el método de las ciencias naturales influyó decisivamente, no sólo en las técnicas de estudio sino también en la concepción evolucionista de la historia como un proceso dinámico, en el que las sociedades evolucionarían y crecerían como los organismos. Hacia 1850 Herbert Spencer formularía sus *Social Statics* y *Principles of Sociology* en donde interpretaría las sociedades primitivas contemporáneas como etapas estáticas ilustrativas del proceso.

Así, en el estudio de las industrias prehistóricas, estableciendo ordenadas clasificaciones y tipologías, se fueron trazando secuencias evolutivas, se buscaban focos de irradiación y difusión, al compás de las tendencias empíricas y evolutivas de otras ciencias, en un intento de encuadrar las etapas de la vida del hombre prehistórico en el concepto de cultura, dentro de las orientaciones historicistas y difusionistas del momento.

Después de la segunda guerra mundial, sobre todo a partir de los años cincuenta, hay una gran preocupación por los problemas teóricos y metodológicos de la arqueología y se va a hacer cada vez más patente la diversa orientación de dos escuelas, una europea con clara orientación hacia la concepción histórica, responsable en gran parte de los grandes avances arqueológicos en las técnicas de excavación, y en el establecimiento de cronologías relativas en base a criterios estatigráficos, y otra americana, que se hallaba ligada desde sus orígenes a los métodos de la antropología.

Casi todos los principales especialistas europeos del momento presentaron ensayos teóricos, entre ellos el Profesor Pericot en su ya clásico *Grandeza y miseria de la Prehistoria* (Barcelona, 1948), junto a Childe, Clark, Crawford, Hawkes, Wheeler, Lamin Empeire, Atkinson, Piggot o Kenyon entre otros. Esta inquietud, naturalmente se nos transmitía a los estudiantes de la época, que podíamos tener acceso a las ediciones gracias a la generosidad de los profesores más que a la actualización de las bibliotecas. Por ello recuerdo la gran acogida que tuvo entre nosotros la traducción española del librito de Sigfried J. de Laet *La Arqueología y sus problemas*, que se había publicado en 1954 en Francia. Aunque en la actualidad puede resultar «démodé», creo interesante recoger

unos párrafos del autor en el prólogo de la edición francesa. «Creemos tener que hacer una confesión de principio. Este trabajo no ha sido escrito en primer lugar para el lector, sino para provecho del propio autor, que ha procurado aclarar ciertos problemas de metodología que le preocupaban desde hacía mucho tiempo. Ha intentado determinar si en ocasiones, en el pasado, no había errado el camino y si no era tiempo de volver a empezar, de volver a examinar desde su base ciertas cuestiones primordiales, para las que hasta ahora se había contentado con respuestas tradicionales, sin someterlas previamente a un examen crítico suficiente». El profesor de Laet enseñaba arqueología en la Universidad de Gante. Fue uno de los grandes prehistoriadores del momento y un pensador ordenado y lógico, con gran espíritu crítico. Aunque su obra halla perdido actualidad por el tiempo transcurrido, su concepto de la arqueología es plenamente histórico, representativo de la tendencia que antes hemos enunciado. Historia y arqueología persiguen un mismo fin aunque basen su investigación en fuentes distintas. Defiende la importancia de que el arqueólogo tenga una sólida formación histórica, junto con la propiamente especializada en técnicas arqueológicas. Desafortunadamente, considera la arqueología como «ciencia auxiliar» de la Historia por muy eminente que sea el lugar que para ella reclama. Pero lo que me interesaba destacar es su reflexión sincera sobre los problemas metodológicos en arqueología y la necesidad de una renovación crítica constante, fruto de su propia personalidad científica y de las exigencias que en su docencia se imponía, pero al mismo tiempo dentro del contexto general de una maduración de la ciencia arqueológica y de su interpretación histórica.

No podemos dejar de dedicar un espacio muy especial a Vere Gordon Childe (1892-1957), aunque sea dentro de la brevedad que este momento nos impone y la dificultad de resumir su ingente obra de arqueólogo y pensador, recordando con respeto su figura cuando por los años cincuenta visitaba España y tuvimos ocasión de conocerle. Formado en Oxford, aunque nacido en Australia, conocía a fondo la Arqueología europea y del Próximo Oriente y había viajado prácticamente por todo el mundo. Su gran capacidad de síntesis y sus conocimientos vastísimos hicieron de él uno de los personajes básicos en el desarrollo de la arqueología que, de momento, podemos llamar moderna. En 1925 publicó su *Dawn of European Civilization*, síntesis de Prehistoria Europea, que se convirtió en un «manual» de obligada consulta y del que se hicieron sucesivas ediciones y traducciones actualizadas. El método em-

pleado era evidentemente evolucionista en base al método comparativo, mediante el que establecía secuencias y grupos culturales. Su metodología quedó expresada por él mismo en el prólogo a otra obra de carácter más monográfico *The Danube in Prehistory*, de 1929 en el que plantea de forma muy clara su concepto de cultura y señala la importancia de las influencias y contactos en la evolución cultural, aspecto que desarrollará más tarde y ha sido causa de que se haya censurado su evidente difusionismo. Queda claro su sentido materialista de la Historia, quizás por su formación marxista, pero también porque era consciente de las limitaciones de la arqueología a pesar de sus intentos de interpretación sociológica. Así en su *Social Evolution*, de 1952, escribió: «Los arqueólogos se han dado ya cuenta de que están tratando con los restos concretos de sociedades y de que estas sociedades, aunque desconocieran la escritura, dejaron muestras tangibles no sólo de sus útiles materiales, sino también de sus instituciones sociales, supersticiones y conducta, por muy fragmentarias y ambiguas que aquéllas sean». (CHILDE, 1973, pág. 7). Una de sus interpretaciones más originales, dentro de su método evolucionista, fue la de marcar las grandes etapas del desarrollo histórico: las «revoluciones» neolítica y urbana, terminología ampliamente aceptada durante muchos años, cuando Childe estaba de moda. Concretamente en España con diez o veinte años de retraso. Actualmente pasó la moda y se acusa a Childe de falta de método. En todo caso las grandes síntesis e interpretaciones renovadoras siempre son un riesgo que no muchos pueden permitirse, pero él evidentemente podía hacerlo y consiguió abrir amplios debates que sirvieron para hacer avanzar cada vez más el trabajo arqueológico. En 1956, un año antes de su muerte, publicó *A Short Introduction to Archaeology*, traducida al castellano en 1972, en donde deja claro que la arqueología es una fuente de la historia y no una simple ciencia auxiliar: «La información arqueológica constituye documentación histórica por derecho propio y no una mera aclaración de los textos escritos. Al igual que cualquier otro historiador, un arqueólogo estudia y trata de reconstruir el proceso que ha creado el mundo humano en que vivimos, y a nosotros mismos en tanto que somos criaturas de nuestro tiempo y de nuestro medio ambiente social».

Hasta ahora hemos ido viendo los caminos seguidos por la arqueología, los logros conseguidos en un conocimiento cada vez más dilatado de la historia de la Humanidad y también —como consecuencia de la madurez alcanzada—, planteamientos teóricos

en torno al sentido epistemológico de la arqueología, sus límites, posibilidades y metodología, a partir de los años cincuenta. Vimos también cómo se iban perfilando dos tendencias en estos planteamientos teóricos, el de la escuela fundamentalmente europea de fuerte raíz humanista e histórica, que incide incluso en la investigación de los tiempos prehistóricos, y la americana, asentada en el gran desarrollo de los estudios antropológicos y sociológicos, que se ha llamado a sí misma «científica», en contraposición a la anterior, que denominaban «tradicional». Esta corriente, iniciada en los años sesenta, también acuñó el título de «Nueva Arqueología», aunque no supone una línea intelectual uniforme sino que a lo largo de estos veinte años, sus planteamientos y fundamentos metodológicos son variados y en constante controversia dialéctica. Trataremos de resumir alguno de ellos, ya que, aunque actualmente no puede considerarse tan nueva ni exclusiva de la investigación arqueológica americana, su incidencia en los estudios de arqueología ha sido muy importante.

En líneas generales, sus fundamentos se sustentaban en principios previamente establecidos en los estudios de Antropología, con la formulación de leyes sobre la conducta humana que pudieran tener una validez universal y por tanto aplicarse a la arqueología, sobre todo prehistórica. Uno de los pioneros de esta tendencia había sido Walter W. Taylor, que en 1948 publicó *A Study of Archaeology*, en donde se ensayaba la aplicación de esta metodología. Pero iba a ser Lewis R. Binford con su *Archaeology as Anthropology*, seguida de toda una serie de artículos y libros a lo largo de los años sesenta, quien iba a marcar el camino y a formar escuela y toda una pléyade de seguidores. En 1968, la edición de *New Perspectives in Archaeology* consolidaría el término de «nuevo», que a partir de entonces englobaría numerosas tendencias e interpretaciones, algunas incluso antagónicas a las del «maestro», cada vez más radicalizadas o poniendo más o menos énfasis en determinados conceptos.

La búsqueda de nuevos caminos en la interpretación arqueológica mediante métodos de trabajo más científicos y menos especulativos e inductivos, sería en principio lo que hizo surgir la arqueología procesual —proceso de cambio con fuerte carga evolucionista— o Nueva Arqueología, que por el inexorable paso de los tiempos ya no es tan nueva, como tampoco lo era en todos sus postulados en el momento que surgió, por más que se pretendiera romper radicalmente con planteamientos «tradicionales». Es evidente que la polémica que produjo fue muy fructífera, porque abrió

de nuevo un período de reflexión crítica y permitió incorporar al trabajo arqueológico nuevos métodos de experimentación y análisis. Unas veces con el intento de englobar la arqueología dentro de las llamadas ciencias sociales —antes se prefería el término de humanísticas, que para el «nuevo arqueólogo» iba a tener connotaciones peyorativas y anticientíficas—, destacando sobre todo la insistencia en la necesidad de aplicar métodos científicos y procedimientos deductivos.

Creo que no es pura casualidad el que este movimiento tuviera su origen en norteamérica. En este sentido es interesante el testimonio de Robert J. Braidwood, profesor de Prehistoria en el departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, responsable de importantes excavaciones en el Próximo Oriente y uno de los que cuestionó la interpretación de Childe de la «revolución neolítica». Sus reflexiones, fruto de su tarea docente, se recogen en *Archaeologists and What They Do* (1960; en DANIEL, 1974 pág. 16): «Se ha dicho que para la mayoría de los norteamericanos el pasado es liso». Para ellos el pasado es algo generalizado cuyos comienzos no son demasiado lejanos aunque se remonten hasta el comienzo de los tiempos, cuya profundidad o duración temporal no perciben debidamente. Muy pocos tienen suficientes conocimientos sobre sus antepasados europeos. En cuanto a la antigüedad y costumbres de los indios, no forman parte de la herencia cultural de la mayoría de los norteamericanos, contrariamente a lo que sucede en suramérica. La historia del norteamericano, su propio pasado cultural, es demasiado cercano para que penetre en la realidad del tiempo vivido por el hombre y su profunda transformación. El estudio de la actividad del hombre y de sus creaciones, la comprensión global de sus formas de vida, resulta más fácil para un europeo con un viejo poso histórico y con una dimensión temporal que puede ir adquiriendo incluso el niño desde la escuela. Hasta en niveles menos cultivados la perspectiva es más amplia. Bastaría recordar la costumbre de nuestros campesinos de atribuir las cosas antiguas a los «moros» como parámetro de algo cuya memoria se pierde en tiempos muy lejanos. Todavía recuerdo mis experiencias con estudiantes de universidades norteamericanas que acudían a cursos de cultura española en la Universidad de Barcelona. Eran jóvenes cultivados, con una buena preparación intelectual, pero ante la obligada visita a los restos de la colonia griega de Ampurias, se quedaban perplejos, les faltaban puntos de referencia, que naturalmente con estos viajes irían adquiriendo, si es que se interesaban por ello. Es difícil saber si este hecho es positivo o negativo.

Es casi partir de cero, pero en todo caso tendrá que medirse en un futuro por los resultados obtenidos por estos nuevos arqueólogos.

Por otro lado, el desarrollo de la filosofía de la ciencia en norteamérica ha sido muy importante. Concretamente la obra de Karl Gustav Hempel, filósofo del grupo de Berlín emigrado de Alemania, que llegó a norteamérica en 1937, influyó notablemente. En sus *Studies on the Logic of the Explanation*, que publicó en 1948 en colaboración con P. Oppenheim, proporcionó un modelo deductivo de la estructura de las teorías científicas. En 1952 en *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Science*, estudia el problema de la relación entre términos teóricos y observaciones, continuando sucesivamente los temas de explicación científica y filosofía de la ciencia natural.

El modelo deductivo de Hempel fue aplicado a la sociología a fin de llegar a una comprensión más científica de los modelos sociales y, mediante un método hipotético-deductivo, establecer leyes que permitieran avanzar predicciones sobre su comportamiento. La aplicación de estos métodos a la arqueología, por muy científicos que sean, plantean muchos problemas y más sirven para que la sociología amplíe su campo de experimentación que para que la arqueología se beneficie directamente de ellos. En primer lugar, en algunos casos lleva a una escisión entre la arqueología antropológica (prehistórica) y la clásica o de tiempos históricos, cosa bastante sospechosa, pues parece que la confirmación de leyes y teorías previamente establecidas, que deben dar explicaciones convincentes, podrían comprobarse sin duda más fácilmente en culturas más próximas y para las que tenemos otras fuentes además de las exclusivamente arqueológicas. Otra segunda cuestión es el aceptar que unas leyes generales, deducidas de observaciones efectuadas en un determinado grupo humano o sociedad, puedan ser aplicadas a otras muy alejadas cronológica o espacialmente. Lo que sí es positivo es la aplicación de una lógica científica para llegar a una explicación por método deductivo. Esto, teniendo como base una técnica científica en el registro de los datos arqueológicos y su posterior análisis, puede ser verdaderamente un progreso. En cuanto a las predicciones, en todo caso «los arqueólogos pueden ayudar a formular y contrastar leyes hipotéticas del comportamiento humano y cultural» (WATSON, LE BLANCH y REDMAN, 1974). Y añadiría que una arqueología científica no necesariamente ha de seguir los mismos caminos que la sociología, pues no hay que olvidar que las variables de la conducta humana y sus formas de comportamiento no siempre es posible encuadrarlas

dentro de una lógica establecida científicamente y que incluso no siempre son las mismas en marcos contextuales teóricamente semejantes. Además, y esto es muy importante, y el arqueólogo lo sabe bien, el registro arqueológico puede ser muy limitado e incompleto por muy cuidadosa que haya sido su recuperación, muestreo y análisis estadístico, lo que no siempre permite una interpretación sin límites, por mucho que se recurra a la analogía etnográfica como fuente de hipótesis.

Otra aportación interesante para el arqueólogo, es la discusión del concepto de cultura, uno de los términos más controvertidos y difíciles de definir a través de la estructura de los restos materiales, sin contar con un sistema cultural. Muchas veces el arqueólogo se tiene que contentar con definir, más modestamente, un simple «horizonte». Frente al arqueólogo «normativista», el «nuevo arqueólogo» propone la cultura como un «sistema adaptativo y extrasomático, que se emplea en la integración de una sociedad con su medio natural y con otros sistemas socioculturales». Es la llamada Teoría de los Sistemas, que pretende establecer un cuerpo de construcciones teóricas sistemáticas, centradas en las relaciones generales con el mundo empírico, y de amplia aplicación en sociología y antropología. Los procesos culturales reúnen complejos fenómenos interactuantes, pero la teoría se basa en el supuesto de que estos sistemas y procesos están organizados y son potencialmente comprensibles. Este último supuesto no necesariamente se cumple en las sociedades observadas mediante el estudio arqueológico o, lo que es lo mismo, es difícilmente demostrable, por lo que su aplicación plantea muchos problemas si se quiere observar un estricto rigor científico.

A la nueva arqueología se debe el incremento del interés por la economía y ecología, que, sin embargo, ya habían sido utilizadas por Clark, tanto en trabajos de síntesis (1957) como en los de tipo monográfico de excavaciones como la de Star Carr, que abrieron brecha en la investigación de la prehistoria europea. En la actualidad se enfocan con una perspectiva más amplia y total, precisamente por influencia de la antropología cultural.

La reciente edición en castellano de una obra de Lewis Binford (1988), en que resume y simplifica sus teorías epistemológicas con su correspondiente metodología, es el resultado del interés de los arqueólogos y estudiantes de arqueología españoles por estos problemas. Como contrapartida, y en cierto modo balance de las aportaciones y carencias de la «Nueva Arqueología», está también la edición castellana de una obra de Ian Hodder, *Interpretación en*

Arqueología. Corrientes actuales (1988), donde se revisan todos los modelos interpretativos que se han ido elaborando en arqueología hasta la actualidad. El autor reivindica «la arqueología como arqueología», con personalidad propia e independiente frente a ciertas orientaciones de la nueva arqueología: «La Arqueología no es ni «historia» ni «antropología». No es ni siquiera ni ciencia ni arte. Su creciente madurez le permite reivindicar una personalidad independiente con características distintivas que le permiten tener voz propia». «La arqueología empieza ahora a perder su inocencia y a ganar en madurez, gracias a su participación e integración en debates actuales más amplios». Es interesante la recuperación que hace de lo bueno que podía tener la arqueología tradicional y su opinión de que la arqueología debe de reanudar sus vínculos tradicionales con la historia.

El debate sigue abierto, lo que sin duda es buena muestra de la vitalidad y deseo de renovación de una disciplina en constante búsqueda de un mayor y mejor conocimiento del hombre.

Ahora cabe plantearse si la arqueología desempeña un papel en la Universidad, en la formación integral de los alumnos y en su proyecto de futuro e investigación. Si sirve concretamente para cumplir uno de los fines prioritarios enunciados en el Artículo 2 de los Estatutos de la Universidad de Murcia: «La creación, desarrollo y crítica de la ciencia, de la técnica y de la cultura, a través del estudio y la investigación».

Aunque temo haberme extendido en exceso, dentro de los límites que me impuse, y haber abusado de su paciencia, en realidad mi pretensión era —no sé si lo habré logrado—, mostrarles la amplitud de las perspectivas que ofrece la arqueología, no sólo en lo que se refiere a su objetivo final, un mejor conocimiento del hombre, sino también como vía de introducción en el complejo mundo del saber, en la búsqueda de metodologías adecuadas y en el desarrollo del espíritu crítico y creativo del universitario, de nuestro hombre de hoy.

Su carácter interdisciplinar exige su encuadre precisamente en el ámbito de la Universidad y su método una constante reflexión epistemológica. ¿Ofrece la Universidad actual la posibilidad de acoger una disciplina que necesita de las ciencias de la naturaleza, de las aplicaciones técnicas de la ciencia y de la reflexión filosófica? En otros tiempos estaba incluida en las Facultades de Filosofía y Letras, con lo que en cierto modo quedaba diluida en un amplio abanico de conocimientos. Sin embargo, el alumno que se

acercaba a su estudio podía hacerlo también a los planteamientos filosóficos, al conocimiento lingüístico, a la historia, el arte e incluso la etnografía. Sólo la geografía, en cambio podía acercarle al conocimiento del medio natural.

Actualmente, la incomprensible liquidación de los estudios humanísticos ya a partir de la enseñanza media, donde sus restos se engloban bajo el título de «sociales», catapulta al aspirante universitario hacia un mundo desconocido. ¿Será el afán de aventura lo que quiere promocionarse? La Universidad puede ser apasionante, la búsqueda de saberes estimulante, pero debe crear ante todo un ambiente de serenidad, estudio, reflexión y trabajo difícilmente alcanzable si se convierte en una carrera de obstáculos a veces insalvables.

No sé exactamente si esta actitud de los responsables de planes de enseñanza se deben a influencias ultramarinas —uso el término en sentido estrictamente geográfico—, desde luego no son europeas, o si quizás se debe a la consideración de que las humanidades corresponden a una sociedad burguesa trasnochada. En todo caso nuestros alumnos tienen que partir prácticamente de cero, y esto no parece justo. Independientemente de los resultados posteriores, creo que tienen derecho a conocer la rica herencia cultural que les corresponde y de la que ellos mismos forman parte. El humanismo no está reñido con el avance científico sino que le sirve de base y justificación. No puede echarse por la borda el esfuerzo de toda una humanidad creadora, sin cuyo vagaje no seríamos lo que somos, para bien o para mal, pero hay que saberlo.

Contra lo que podía parecer, la sociedad actual, cada vez más tecnificada y consumista, siente un vivo interés por la arqueología, y no sólo en los niveles más cultos, aunque sea una arqueología más afín a Schliemann o, por qué no decirlo, a Indiana Jons. Entra frecuentemente dentro de esa cultura del ocio tan de moda a través de los medios de comunicación, y me consta que despierta interés más que por un afán erudito por conocer el pasado remoto, porque les aleja de su propio contexto limitado y les produce cierto orgullo como herederos de un pasado propio. Su gran amplitud espacial, universal, y cronológica, ayuda a abrir amplias perspectivas a la imaginación y por tanto abre horizontes al pensamiento y la reflexión. Por su carácter universal, no conoce fronteras, no debe de ser regionalista ni localista, sino más bien puede contribuir a una concepción universal del hombre, ya que su diversidad surgió de un tronco común, sin discriminación. Los profesionales de la arqueología o simplemente los que la estudian seriamente, con bases

científicas, de acuerdo con las exigencias actuales, deben de introducir este nuevo humanismo científico que se perfila en la ciencia en general y esperemos sea una realidad en la sociedad mundial.

La difusión del saber universitario en la sociedad también entra en el referido artículo 2 de nuestros Estatutos, pero en él se menciona otro fin prioritario «La formación y capacitación, así como la certificación de competencia profesional de carácter universitario». He decir que esta cuestión nos preocupa seriamente a los que nos sentimos responsables de esta disciplina y su salida profesional. Después de cuatro años de la aprobación de los Estatutos, las enseñanzas que impartimos no responden a las necesidades mínimamente exigibles. Seguimos con los estrechos planes de estudio de los que parece no vamos a salir nunca. La titulación que teóricamente certifica su competencia —Licenciado en Historia Antigua y Arqueología—, sólo conlleva cursar cinco asignaturas obligatorias (tres de Prehistoria y dos de Arqueología) a lo largo de los cinco cursos de carrera. Las clases prácticas, la metodología, no aparecen como asignaturas obligatorias, ni podrían serlo de acuerdo con los límites impuestos por la administración, que por otra parte no es muy sensible al problema. Baste decir que cuando se crearon las áreas de conocimiento, la arqueología desapareció misteriosamente y los profesores de la materia fuimos incorporados de forma caprichosa a diversas áreas. Desde luego los «técnicos» no tenían muy claro el problema o tenían los mismos criterios a que me he referido al tratar de las enseñanzas medias. No es éste el momento de plantear soluciones, cosa no demasiado difícil.

Pero hay que señalar otro aspecto en relación con la profesión de arqueólogo, y es la importancia del patrimonio arqueológico de nuestra región universitaria, que demanda profesionales bien formados y capacitados para atender los trabajos de protección del patrimonio, de conservación museística, estudio y divulgación. La Universidad de Murcia no puede estar de espaldas a esta realidad y debe de garantizar la formación de los futuros arqueólogos de acuerdo con los niveles que exige actualmente la disciplina arqueológica.

He dicho.

BIBLIOGRAFIA

- BRAIDWOOD, Robert, J.: *Archaeologist and What They Do*. Nueva York, 1960.
- BIANCHI BANDINELLI, R.: *Introducción a la Arqueología*. Madrid, 1976.
- CARANDINI, A.: *Arqueología y cultura material. Textos de Antropología*. Barcelona, 1984.
- CARTER, Howard: *La tumba de Tutankhamon*. Barcelona, 1972.
- CLARK, Graham: *Arqueología y sociedad*. Madrid, 1980.
- *Prehistoric Europe: The Economic Basis*. Londres, 1957.
- CLARKE, David L.: *Arqueología analítica*. Barcelona, 1984.
- CHANG, K. C.: *Perspectivas en Arqueología*. Madrid, 1976.
- CHILDE, Vere Gordon: *Introducción a la Arqueología*. Barcelona, 1972.
- *La evolución social*. Madrid, 1973.
- *La prehistoria de la sociedad europea*. Barcelona, 1978.
- DANIEL, Glyn: *Historia de la Arqueología*. Madrid, 1974.
- DE LAET, Sigfried: *La Arqueología y sus problemas*. Barcelona, 1960.
- PARROT, Andre: *Mundos sepultados*. Barcelona, 1962.
- PETRIE, W. M.: *Seventy Years in Archaeology*. Londres s.a. (1932).
- *Methods and Aims Archaeology*. Londres, 1907.
- PIGGOT, Stuart: *Approach to Archaeology*. Harvard, 1959.
- RACHET, Guy: *L'Univers de l'archéologie*. Verviers, 1970, 2 vols.
- RENFREW, Colin: *El alba de la civilización*. Madrid, 1986.
- SCHLIEMANN, Heinrich: *Autobiografía*. Madrid, 1973.
- WHEELER, Mortimer: *Arqueología de campo*. México, 1961.
- WOOLEY, Leonard: *Digging up the Past*. 1930.
- *Ur, ciudad de los caldeos*. Buenos Aires, 1953.

